**El «pórtico» de la Iglesia del Papa Francisco.**

**Visión y dimensión misionera**

Agradezco vivamente la invitación que se me ha dirigido para participar en la XII Jornada Académica, organizada por esta prestigiosa Universidad San Dámaso – Facultad de Derecho Canónico, en colaboración con la Archidiócesis de Madrid, el Tribunal Eclesiástico y la Escuela de Práctica Jurídica.

Hemos escuchado dos importantes conferencias, con referencia, la primera, al m.p. *Mitis Iudex Dominus Iesus*, un documento que se enmarca en el deseo constante de renovación de la Iglesia para responder a la misión de ser «sal y luz» del mundo; la segunda ha examinado algunos aspectos de la reforma procesal del 2015.

Aquí me planteo inmediatamente una pregunta: **«¿Por qué la Iglesia necesita renovarse continuamente?**». La pregunta no es ociosa, si es verdad –y pienso que todos estamos convencidos de ello– que atravesamos una fase histórica en la que nada parece cierto; es más, todo aparece como «líquido», atravesando una época de gran transición cultural, religiosa y social, que invade las costumbres y la vida de los pueblos. El gran sociólogo polaco Zygmunt Bauman ha ilustrado muy bien el sentido de fluidez o, mejor, de «liquidez» de nuestra sociedad contemporánea. En una época consumista como la nuestra, que prefiere productos listos para el uso, soluciones rápidas, resultados sin demasiada fatiga y caracterizados por la fragilidad y la precariedad[[1]](#footnote-1), es evidente que la inquietud y la incertidumbre han alcanzado el predominio sobre las certezas tradicionales. El Papa Francisco, hablando a los estudiantes del Instituto San Carlo de Milán (6 abril 2019) ha dicho que “*la liquidez se tiene cuando no se es capaz de encontrar las propias raíces*”, identificando en las carencias antropológicas la causa que desorienta el clima cultural e inter-relacional de nuestro tiempo. La respuesta a mi pregunta de partida –*¿Por qué la Iglesia necesita renovarse continuamente?*– nace de la consideración de que la Iglesia vive y atraviesa precisamente estos tiempos de fluidez y de inquietud, por los que se ve inexorablemente afectada, respira ese aire y absorbe sus ideas. En referencia a esto, el Papa Francisco invita a leer y a comprender los «signos de los tiempos»; esto es fundamental, pero no sólo en relación con la fenomenología del mundo secular, de su cultura, de su economía, de las relaciones que se establecen también mediáticamente con cualquiera y por todas partes, sino también en relación con la vida interna de la Iglesia: pensemos en el alejamiento de tantos de la propia fe y de la propia cultura cristiana. Esto, sin embargo, sucede también en otras religiones, en sociedades muy desarrolladas, en las relaciones entre los pueblos, en el ámbito de preservación de la naturaleza y hacia lo que se indica como nuestra «casa común»[[2]](#footnote-2), morada del Eterno, de los seres humanos, de los animales y del mundo vegetal.

Adecuar, por tanto, nuestro pensamiento, nuestro situarnos en los diferentes contextos, nuestro lenguaje, entendido no sólo lingüísticamente, nuestro vivir en esta casa común sirve además para llevar todavía hoy el testimonio del amor de Cristo, que es el punto de referencia «no líquido» en la Iglesia. En efecto, verdaderamente cuando nos hacemos cercanos a las personas y a su vida real es cuando se crean las condiciones de anuncio y de comunicación de la fe en el testimonio.

Por tanto, desde los comienzos de su pontificado el Papa ha llamado a toda la Iglesia, que vivía un momento estático, a un impulso y a un celo renovados para evangelizar en ámbito contextual, o sea, teniendo en cuenta la realidad ecológica, los pueblos y sus culturas, pero no como delegación a algunos de esta misión, sino como bautizados que asumen el compromiso de evangelizar, en cuanto intrínseco al don y al misterio de la fe. Esto no significa que los que tradicionalmente se sentían y se sienten llamados a la dimensión misionera ya no tengan una función que realizar; al contrario, la Iglesia necesita todavía grandemente estos «operarios especializados» que generosamente ponen su propia vida en primera línea donde es necesaria su presencia para el anuncio del Evangelio. Lo que el Papa pretende es cambiar una mentalidad, una cierta «cultura» de Iglesia, para que pase de una realidad sedentaria, estructurada y quieta a una perspectiva de “*Iglesia en salida*”,en “*misión en el mundo*”;el mandato de Jesús de ir a las multitudes debería hacer decir a todo bautizado: “*Yo soy siempre una misión; tu eres siempre una misión; cada bautizada y cada bautizado es una misión*”[[3]](#footnote-3). Por tanto, el concepto de asunción de la identidad misionera no exime a nadie y considera a todos idóneos para esta tarea, diría que desde el niño que evangeliza a los niños hasta el anciano que evangeliza a los ancianos, tanto los cercanos como los lejanos.

En este contexto, me permito remarcar que toda actividad eclesial, incluida la jurídica, teológica o sencillamente pastoral, tiene una relevancia misionera.

Mi intervención de hoy: **El «pórtico» de la Iglesia del Papa Francisco. Visión y dimensión misionera**, se enmarca en este ámbito.

Imaginemos ahora, por un instante, que tenemos que entrar en un edificio que correspondiese simbólicamente al pontificado del Papa Francisco. Una vez atravesada la puerta, nos encontramos con un patio amplio, en el que están y se reúnen hombres y mujeres de nuestro tiempo, sin distinción de idioma, raza y con múltiples intereses. Este atrio tiene tres pórticos. En el primero está el *incipit* de un documento programático del pontificado del Papa Francisco: *Evangelii gaudium*; en el segundo, el del cántico de las criaturas de Francisco de Asís *Laudato si’*; en el tercero, el de la Carta “Sobre la fraternidad humana por la paz y la convivencia común”.

El ámbito del primer portal se refiere esencialmente a la Iglesia; entra por él quien forma parte de la Iglesia o también quien desea conocerla y saber por qué camino marchará la Iglesia en el futuro próximo; hay que decir inmediatamente que aquí no se habla de la estructura de la Iglesia sino de encontrar y de llevar a todos a Jesucristo, fuente de la verdadera alegría (EG 1ss.). El documento pontificio explica también que, dentro de la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo, en línea con la *Gaudium et spes*[[4]](#footnote-4), hay innumerables cuestiones en torno a las cuales se debe investigar y reflexionar con gran libertad, para que las diversas corrientes de pensamiento –filosófico, sociológico y teológico-pastoral– puedan hacer crecer y hacer caminar a la Iglesia. La Iglesia no es un monolito[[5]](#footnote-5); tiene la forma multi-facial del poliedro y tiende a la variedad en la unidad; según el Papa, esta comprensión ayudaría a hacer más inteligible el riquísimo tesoro de la Palabra (cf. EG 40). *Evangelii gaudium*, en especial, es un documento que pretende introducir la transformación misionera de la Iglesia (cap. I); una Iglesia que el Papa ve como una madre de corazón abierto (nn. 46-49), que hace suyas las crisis y los desafíos del mundo actual, sin exclusiones o tentaciones egoístas, lejos de polémicas estériles y mundanas, que generan laceraciones, si no guerras intestinas (cap. II). Este documento pontificio, por tanto, no se agota en un simple portal, por más atrayente que sea, sino que abre un camino que se refiere a la vida de la Iglesia, a su misión, a su lugar en el mundo. En efecto, la Iglesia, piensa el Papa Francisco, forma parte de este mundo; Jesús la ha puesto aquí, en esta tierra; por eso, el mundo no puede o no debe serle extraño; tiene algo que decir en el mundo, algo que enseñar y que ofrecer. *Evangelii gaudium* es, por tanto, el recorrido trazado por el Papa a través del cual pide la renovación interna de la Iglesia, para que sea y tenga la fuerza y la capacidad de afrontar los temas y las problemáticas del mundo; y, al mismo tiempo, para que esté presente *inter gentes* con autoridad moral[[6]](#footnote-6). Una Iglesia que sea dinámica, desprovista de burocratización “elitista”, no quejosa por los males del mundo y considerándose víctima de ellos. Es, me atrevería a decir, un fuerte documento revolucionario, además de programático, porque pide a la Iglesia vitalidad y coraje y orienta a la comunidad de los fieles hacia una nueva etapa llena de fermento y dinamismo (cf. EG 17), dando esperanza y futuro; este documento hay que verlo en sintonía con *Gaudete et exultate[[7]](#footnote-7)*, la Exhortación apostólica en la que el Papa declara como objetivo “hacer resonar una vez más la llamada a la santidad, procurando encarnarla en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades” (GE 2). Es evidente que el Papa está pidiendo a la Iglesia que sea más partícipe de la vida de los pueblos, insertándose entre ellos y contribuyendo a su desarrollo espiritual, moral y social. Ama, por tanto, una Iglesia viva, sin personas “resentidas (y) descontentas” (EG 2); una Iglesia que él empuja fuera de una cierta comodidad y con el coraje de llegar a todas las periferias, geográficas y existenciales, que necesitan el Evangelio; una Iglesia pobre, que no significa indigente, sino que pone en el primer lugar a Cristo y que está orientada hacia Él. Capaz de guardarse de herejías desgarradoras, como la de “una fe encerrada en el subjetivismo […] donde el sujeto […] permanece […] en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos” (EG 94; GE 36) –el denominado “neo-gnosticismo”, que sobrevalora el poder de la inteligencia– y la del “neo-pelagianismo”, que haría depender todo de la voluntad o de los esfuerzos del hombre más que “«de la misericordia de Dios» (Rm 9,16), que «nos amó primero» (1 Jn 4,19)” (GE 48). Los dos Sínodos (2014, 2015) sobre la familia tenían como tarea alentar a los Pastores de la Iglesia a “ampliar nuestra mirada y reavivar nuestra conciencia sobre la importancia del matrimonio y de la familia” (AL 2) con el fin de “valorar los dones del matrimonio y de la familia, y sostener un amor fuerte y lleno de valores como la generosidad, el compromiso, la fidelidad o la paciencia” (AL 5).

La purificación espiritual de toda la Iglesia, pedida continuamente por el Papa con expresiones e imágenes fuertes, ha encontrado su momento vigoroso en la convocatoria del Año de la Misericordia; además, en el plano jurídico dan testimonio de ello varios m.p., cito por ejemplo el de la protección de los menores y de las personas vulnerables (incluida la Ley N. CCXVII del SCV) y el reciente *Vos estis lux mundi*[[8]](#footnote-8). También la prevista reforma de la Curia tiene como fin hacer la vida de la Iglesia más adecuada a las exigencias del *ministerium petrinum*; entendemos también, como gran factor de renovación eclesial, la convocatoria del Mes Misionero Extraordinario (Bautizados y Enviados: La Iglesia de Cristo en Misión en el Mundo), pero no dejaría aquí de recordar también alguna de las muchas iniciativas del Pontífice, como las visitas pastorales a África, a Asia y a América Latina, los encuentros con los movimientos laicales, la atención a instituciones creadas en favor de los pobres, de las mujeres víctimas de la trata, de los marginados, de los migrantes y refugiados; la elección misma de Purpurados provenientes de países denominados “periféricos”, pero con comunidades vivas, son el signo de una Iglesia abierta e inclusiva, capaz de prestar interés hacia todos los pueblos y grupos que durante siglos han visto pisoteados sus propios derechos; pienso en los pueblos de la Amazonia.

\*\*\*

Si la Iglesia de Cristo está en misión en el mundo, entonces se comprende la existencia de un segundo pórtico, al que el Papa está dedicando gran energía. En él, como he dicho, encontramos grabadas las palabras: **Laudato si’**.

Como bien sabemos, son el *incipit* de la Carta encíclica (2015) con la que el Papa Francisco llama a todos los cristianos y a los hombres de buena voluntad a escuchar el grito de la tierra y de los pobres del mundo. Él mismo explica que “frente al deterioro ambiental global, quiero dirigirme a cada persona que habita este planeta”; después explica: “En mi exhortación [*Evangelii gaudium*](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html), escribí a los miembros de la Iglesia en orden a movilizar un proceso de reforma misionera todavía pendiente. En esta encíclica, intento especialmente entrar en diálogo con todos acerca de nuestra casa común” (LS 3).

El documento reconoce que en la realidad de nuestro mundo hoy se produce un gran deterioro de “nuestra casa común” e invita a reflexionar sobre las raíces de la crisis y sobre lo que sucediendo en ella: ante todo, en el plano ambiental, con los rápidos cambios climáticos, la desertificación, la degradación de los mares, el deshielo de los glaciares, la producción desproporcionada de residuos, la contaminación atmosférica, la destrucción de los hábitat forestales, etc.; después, en el plano humano, con el relativismo antropológico, la depauperación de la calidad de vida, la degradación social, la desigualdad y las injusticias sociales que producen guerras, migraciones forzadas y otras cosas; y, finalmente, en el plano socio-tecnocrático, con la globalización, la debilidad y la fragmentación de las intervenciones, teniendo en cuenta “el modo como la humanidad de hecho ha asumido la tecnología y su desarrollo junto con un paradigma homogéneo y unidimensional” (LS 106). El Papa pide que se pase al diálogo sobre el ambiente, a la educación y a un compromiso civil y político común. Por su parte, la Iglesia hoy desea que “innumerables científicos, filósofos, teólogos y organizaciones sociales” tengan “una amplia preocupación” y aporten “una valiosa reflexión” (LS 7) con el fin de promover una “esperanza [que nos permita] reconocer que siempre hay una salida, que siempre podemos reorientar el rumbo [y] que siempre podemos hacer algo para resolver los problemas” (LS 61). En este contexto se comprende también la importancia del Mensaje conjunto del Papa Francisco y del Patriarca Ecuménico Bartolomé para la celebración de la III Jornada Mundial de Oración por el cuidado de la creación (1.9.2017), para que no falte el compromiso de todas las Iglesias cristianas, a las que también incumbe una no pequeña responsabilidad[[9]](#footnote-9). Es cierto que sólo una acción internacional común, a través de la política, la economía, la educación, el estilo de vida y la cultura favorecerá la escucha del grito de la tierra y de los últimos; pero, ¿qué quiere decir escuchar el grito de la tierra y de los pobres? ¿Tiene sentido decir eso? Ante todo, ¿existe un grito? ¿Quién lo emite? ¿La tierra emite un grito? ¿Los pobres emiten gritos? Y, ¿a quién gritan? Para escuchar es necesario tener el oído abierto, pero también la voluntad y el coraje de prestar atención.

Sí, hay un grito que ciertamente proviene de la tierra, de la que nosotros somos parte, y nos precede. Este grito, no raramente, se queda sin ser escuchado y a veces ni siquiera es percibido. Si pienso en el mundo vegetal, debo admitir que también las plantas “emiten” su grito, pero nosotros no sabemos escucharlo; si pienso en el mundo animal, también los animales “gritan”, pero nosotros no comprendemos sus sonidos; los hombres tienen su voz, a veces la escuchamos, a veces la ignoramos.

En este mundo que grita, los pobres constituyen una categoría no pequeña: ¿quién pertenece a ella? ¿quiénes son estos pobres? Escuchar, por tanto, el grito de la tierra y de los pobres es esencialmente una cuestión antropológica que nos afecta a todos nosotros; afecta a la sociedad, a la vida, a las Iglesias, a las religiones, a la política.

Hay que entender aquí inmediatamente que toda la humanidad está llamada a colaborar en la custodia de la casa común; esto significa que el hombre no es su propietario; o sea, que la tierra no es de los hombres, **la tierra es de Dios**, que la ha creado. El hombre la ha recibido como administrador, no es su señor absoluto. El punto central de este razonamiento es que, al negar a Dios, se aprovecha de la tierra declarándola propia a través de un intrincado desarrollo del concepto de soberanía, de límites geográficos, de intereses, cuando no de violencia a través de guerras, más o menos declaradas, de saqueos, de contratos desiguales, etc. Quien se declara “soberano” se apodera de la tierra y la usa; pero, ¿cómo? Por tanto, hay que comprender y reafirmar aquí que la tierra es de Dios, y que, como lo ha explicado muy bien muchas veces el Papa Benedicto XVI, si se prescinde de Él, todo vacilaría porque faltaría el punto firme; sí, por analogía, el punto firme del que hablaba Arquímedes de Siracusa en el esfuerzo ideal de levantar el mundo, es Dios. Si la tierra no es de Dios, es del primero que se apodera de ella o del que lo hace con más fuerza. Este razonamiento apela fuertemente a la ética en su triple conexión: Dios, hombre, naturaleza; si se la desvincula de Dios, cada uno se creará comportamientos subjetivos. Si la tierra es de Dios, Dios es el punto de referencia y, en consecuencia, la propiedad de la tierra está sólo confiada a los pueblos; por tanto, la administración, sí, pertenece al hombre. Desde esta perspectiva se desarrollarán, entonces, positivamente, las necesidades y las exigencias de la vida humana, no en el sentido de la apropiación sino del uso ético de la tierra, donde la humanidad colabora en la custodia y en la protección.

Abusar de la tierra y de los bienes, esta tendencia a hacer de ellos una propiedad exclusiva se vuelve cada día más dramática: ¿por qué en la Amazonia, por qué en África y en otras partes se generan tantos conflictos? Si en un país como Irak, si en el Medio Oriente y en otros lugares de la tierra no hubiese habido, por ejemplo, petróleo, ¿habrían estallado tantas guerras? ¿De dónde se origina el mismo terrorismo? Los conflictos no nacen solos. ¿Acaso no son generados por la apropiación egoísta de las riquezas, o sea, de las tierras de las que se extraen, de la opresión, del uso avaro de las mismas? Cuando se crean las inestabilidades sociales, políticas y religiosas, ¿no significa que se está iniciando un proyecto de preeminencia, de sustracción o de depredación? Cuando se elimina o se crea una ética desvinculada superiormente, ¿no se genera un comportamiento carente de referencias, que genera conflictividad? Pero el relato de la creación no dice esto: nos narra que Dios quiso que la humanidad cooperara en la “custodia” y en la “protección” de la tierra. Estas dos palabras clave, “custodia” y “protección”, nos permiten repensar la importancia de la ética y del derecho, como también la lógica del comportamiento humano, la lógica internacional y las relaciones entre los pueblos.

\*\*\*

Paso ahora al tercer pórtico, que hace referencia al diálogo inter-religioso. En este ámbito, como he dicho, nos sirve de guía el documento “Sobre la fraternidad humana por la paz y la convivencia común”. Como sabemos, ha sido firmado el 4 de febrero de 2019 por el Pontífice y por el Gran Imán de Al-Azhar, Ahmad al-Tayyeb, al término de la Conferencia Mundial sobre la Fraternidad Humana[[10]](#footnote-10). ¡Lo que está especialmente en el corazón del Pontífice son las relaciones entre las religiones, con motivo de los numerosos conflictos que a menudo se envuelven con una justificación religiosa, así como las muchas intolerancias y el proselitismo como forma de apropiación de las conciencias! El documento, querido por la Cabeza de la Iglesia Católica y por el Gran Imán de Al-Azhar, tiene un relevante valor histórico, moral, cultural y social, tanto más porque se concluyó en presencia de los representantes de todas las confesiones religiosas principales, que participaban en la mencionada Conferencia, en la que se ha apelado al diálogo, a la comprensión, a la aceptación del otro y a la convivencia pacífica entre los seres humanos.

Me agrada recordar aquí el *incipit* del documento:

- “En el nombre de Dios que ha creado todos los seres humanos iguales en los derechos, en los deberes y en la dignidad, y los ha llamado a convivir como hermanos entre ellos, para poblar la tierra y difundir en ella los valores del bien, la caridad y la paz”,

- “de la inocente alma humana que Dios ha prohibido matar”,

- “de los pobres, de los desdichados, de los necesitados y de los marginados que Dios ha ordenado socorrer […], de los huérfanos, de las viudas, de los refugiados y de los exiliados”,

- “de los pueblos que han perdido la seguridad, la paz y la convivencia común”.

Son expresiones con las que no se puede no estar de acuerdo, porque contienen en sí todos los elementos positivos y comunes a toda religión; además, piden que se desarrolle en el mundo una convivencia respetuosa, abierta, inclusiva, solidaria, carente de preconceptos y discriminaciones. Sí, el documento, podemos decir, recoge el grito de la multitud de los pueblos que confían sus propias esperanzas íntimas y su anhelo de paz a las diversas confesiones religiosas en un mundo muchas veces oprimido por la violencia y por el rumor de las armas “en nombre de Dios”.

Cada uno tiene el derecho a vivir en paz, a ser respetado, y tiene el deber, a su vez, de respetar a los demás. No se puede anteponer la propia pertenencia religiosa a formas de opresión de los derechos fundamentales de los otros. En verdad, ni siquiera el concepto de “tolerancia”, que es útil en primer lugar para no hacerse violencia, para no matarse, es suficiente para establecer sólidamente la convivencia entre los pueblos y las religiones; es el derecho a ser respetados y a vivir en paz el que debe ser reconocido; ni siquiera el denominado principio de “mayoría” en el contexto de las seculares diferencias religiosas, étnicas, de casta o tribales, puede funcionar mucho tiempo. No son la “tolerancia” o el ser mayoría los principios fundamentales sobre los que fundar la convivencia, sino el respeto de los derechos de cada hombre, de cada mujer y de cada niño, el respeto del derecho a vivir en paz, a practicar la propia fe, a expresar la propia cultura, el derecho a la educación y a una vida digna; éstos son básicos para toda sociedad y religión. El diálogo inter-religioso e inter-cultural, la cooperación y la solidaridad fraterna inspiran entonces a “ver en el otro a un hermano que se debe sostener y amar”[[11]](#footnote-11); las mismas religiones deberán “respetar la dignidad inviolable y los derechos inalienables de los demás sin cualquier prejuicio injustificado sobre sus creencias o cultura”[[12]](#footnote-12).

Con ocasión de la visita del Papa Francisco a Marruecos, el Pontífice había dicho significativamente: “para mí ha sido una alegría y un honor poder hacerlo [construir puentes entre las religiones y las culturas] en el noble Reino de Marruecos, donde con el Rey hemos reiterado el papel esencial de las religiones en la defensa de la dignidad humana, la promoción de la paz, el incremento de la justicia y el cuidado de la creación”.

Encuentros con líderes budistas o hindúes en Roma, en Asís y en otras partes (Sri Lanka, Myanmar) y con los jefes de otras expresiones religiosas y culturales tradicionales (Perú, Puerto Maldonado, África, etc.) son entendidos por el Papa Francisco como ocasiones importantes para mostrar la interconexión de los pueblos y poner de manifiesto la responsabilidad común en la construcción de un “nuevo humanismo”[[13]](#footnote-13), que tiene como fin el bien común, la dignidad de cada persona y el respeto por cada credo religioso. Para la Iglesia, todo esto no puede no estar fundado más que en Jesucristo, para que el Evangelio sea “sal y luz”. Como dice el Papa, es Cristo el que nos acompaña en esta tarea, llega antes que nosotros y nos prepara el camino[[14]](#footnote-14).

Pensemos, por tanto, en este pórtico con una visión abierta, inclusiva y misionera, que da a la Iglesia el sentido de su misión hoy y la dispone positivamente en el camino de purificación y en las relaciones con la creación e *inter gentes*.

1. Cf. Z. BAUMAN, Amore liquido. Sulla fragilità dei legami affettivi. [↑](#footnote-ref-1)
2. Expresión consagrada en la Laudato si’. [↑](#footnote-ref-2)
3. Mensaje para la Jornada Misionera 2019. [↑](#footnote-ref-3)
4. La Constitución pastoral que trata de la íntima unión de la Iglesia con toda la familia humana (n.1). [↑](#footnote-ref-4)
5. Al Papa Francisco le gusta usar a menudo comparaciones muy eficaces e inmediatas con referencia a la Iglesia o a aspectos de ella; por ejemplo: “*La Iglesia no es una ONG*” (Entrevista a G. Valente, en “Senza di Lui non possiamo far nulla”, LEV-S.Paolo (2019), p.73), “*La Iglesia es también un hospital de campaña*” (Id., p.73); la misión de la Iglesia no es “*colonización ideológica*” (Id, p.87); “*el poliedro*”, instrumento de encuentro entre los pueblos y las personas (Id, p.75). [↑](#footnote-ref-5)
6. Con relación a este aspecto se comprende la lucha contra algunos males que afligen hoy a la Iglesia: los escándalos sexuales, el uso/abuso del dinero, la falta de lealtad en los propios deberes, la misma crisis de fe. [↑](#footnote-ref-6)
7. Exhortación apostólica del 19 de marzo de 2018. [↑](#footnote-ref-7)
8. Con él el Papa llama a la propia responsabilidad a los Obispos y a los Superiores religiosos, con la obligación de perseguir a los que, siendo clérigos o miembros de Institutos de vida consagrada o de Sociedades de vida apostólica, se manchen con delitos contra menores, personas vulnerables o estén en posesión de material pedopornográfico (cf. art.1). [↑](#footnote-ref-8)
9. Los dos jefes de Iglesias cristianas recordaban ante todo que “la historia de la creación nos presenta una vista panorámica del mundo y [mientras] la Escritura revela que, «en el principio», Dios quiso que la humanidad cooperara en la preservación y protección del medio ambiente”; en ese Mensaje se pedía “a quienes ocupan puestos de responsabilidad” que escuchen “el grito de la tierra y el grito de los pobres que más sufren por los desequilibrios ecológicos” y que se vuelvan sensibles a él. [↑](#footnote-ref-9)
10. Abu Dhabi, 3-5 febrero 2019. [↑](#footnote-ref-10)
11. Documento sobre la Fraternidad humana por la paz y la convivencia común. [↑](#footnote-ref-11)
12. Mensaje del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso por la Fiesta de Deepavali, 2019. [↑](#footnote-ref-12)
13. Expresión que se repite en varios discursos (por ejemplo, en Florencia, con ocasión del V Congreso eclesial nacional de la Iglesia italiana, 2015). [↑](#footnote-ref-13)
14. Cf. Papa Francisco, Senza di Lui non possiamo far nulla – Essere missionari oggi, una conversazione con G. Valente (Libreria Editrice Vaticana/ San Paolo, 2019), p.17. [↑](#footnote-ref-14)